

Barcelona
Mayo 77

HISTORIA DE ESPAÑA

ILUSTRADA,

DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS,

Ó SEA

COLECCION DE LITOGRAFÍAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTÓRICOS DE CADA ÉPOCA,

CON TEXTO AL DORSO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO.

ÉPOCA TERCERA.

Desde la toma de Granada hasta la muerte de Carlos II el Hechizado.

TOMO TERCERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 24 Y 26.

1877.

Entrega 87.

L47
3982

Véase el anuncio del dorso.

HISTORIA DE ESPAÑA

ILUSTRADA

DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS

COLECCION DE LITOGRAFIAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTORICOS DE CADA EPOCA

D. RAFAEL DEL CASTILLO

EPOCA TERCERA.

Desde la toma de Granada hasta la muerte de Carlos II el Hechizado.

TOMO TERCERO.



BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERIA CIENTIFICA Y TECNICA

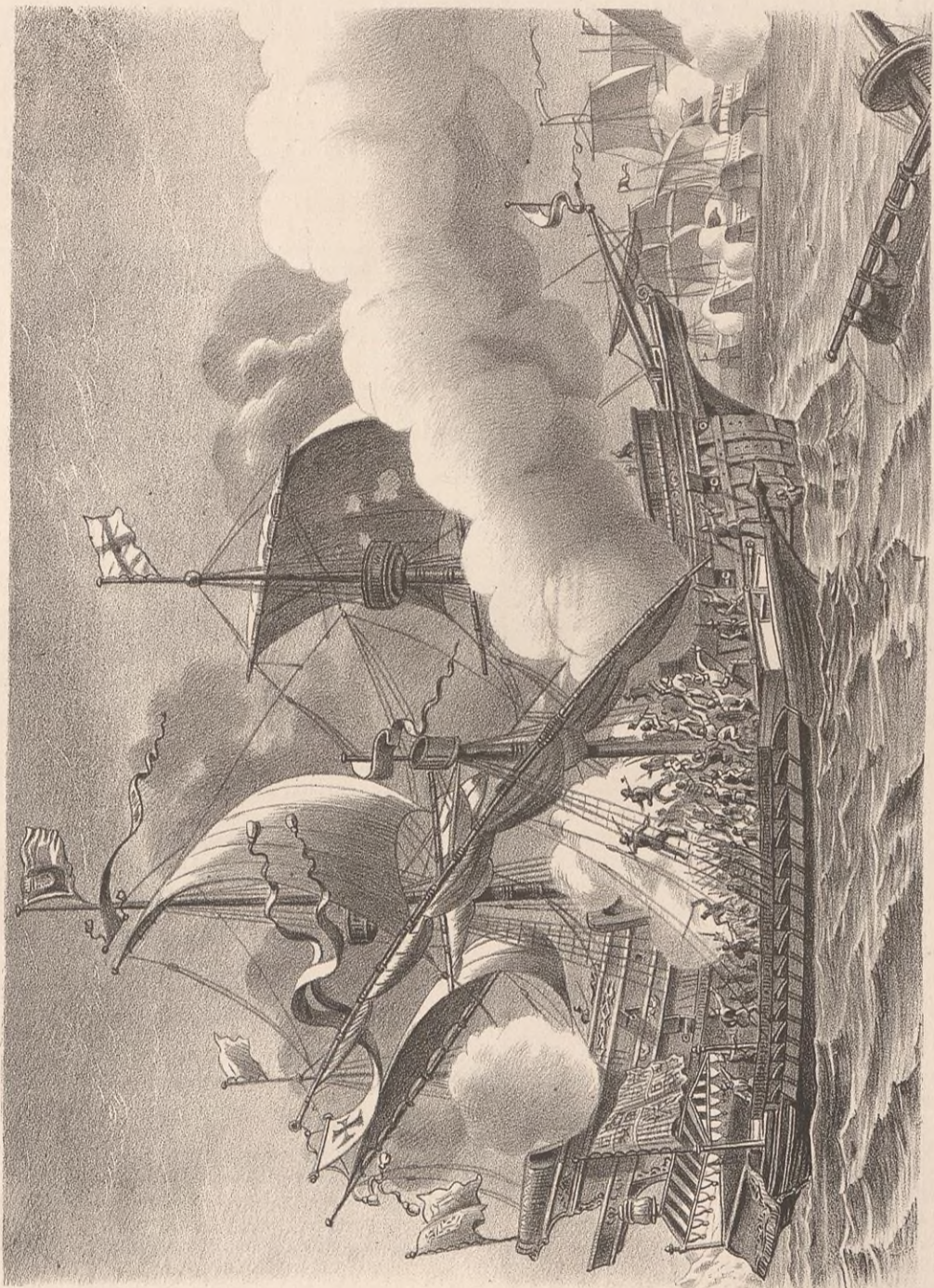
DEL HEREDERO D. J. FABRÓ

CALLE DE LA UNIVERSIDAD, 11

1837

Barcega 87

Vase el anuncio del dorso



LIT. VIDAL, OLMO, ES.

J. SERPA, LIT.

COMBATE NAVAL EN LA ISLA TERCERA.

Rivera, Edición. Barcelona, Pobador. 24 y 26

CAPITULO CXXV.

Solemne proclamacion de D. Felipe en el monasterio de la Orden de Cristo.—Efecto que produjo el perdon que concedió.—Exageradas peticiones de las Cortes.—Rebelde actitud de la isla Tercera.—D. Antonio consigue reunir una flota para hostilizar la isla de San Miguel.—El marqués de Santa Cruz acude en su socorro.—Famoso combate dado en aquellas aguas.

«El 16 de abril de 1581, erigido un trono en la iglesia del monasterio de la Orden de Cristo, y á presencia de los procuradores del reino, reunidos en Tomar, y de los duques de Braganza, y del Consejo de Estado y Cámara de Castilla, y de los próceres de uno y otro reino, fue jurado y reconocido solemnemente Felipe II de España por rey de Portugal, jurando él, á su vez, puesto de hinojos y con la mano sobre el libro de los Evangelios, guardar y conservar al reino todos los fueros, privilegios, usos, costumbres y libertades que le habian otorgado los reyes sus predecesores. Desplegado entonces el pendon real por el alférez mayor, un rey de armas dijo en voz alta: *Real, Real, Real por el rey D. Felipe de Portugal*. Y todos, siendo los primeros los duques de Braganza, se llegaron á besarle la mano y á hacerle pleito homenaje. Y se cantó un solemne *Te-Deum*, y al dia siguiente fue jurado como sucesor el príncipe D. Diego, su hijo.»

Tal es la descripcion que hace un historiador moderno de tan solemne ceremonia, con vista de curiosísimos y auténticos documentos (1), y lamenta despues con sobrada razon que, una vez «realizada la grande obra de la unidad española, que la naturaleza habia trazado á los hombres, y que las pasiones de los hombres habian entorpecido contra las leyes de la naturaleza,» fuese tan poco duradera.

Despues de su coronacion quiso Felipe mostrarse generoso publicando el ansiado perdon general, del cual se exceptuaba al Prior, al obispo de la Guardia, al conde de Vimioso y á otros varios individualmente citados, como tambien á los clérigos y frailes que abrazaron la causa de D. Antonio y la defendieron con las armas.

Con todo y ser el perdon mas ámplio de lo que acostumbraba á hacer el Monarca, pareció restringido y aun capcioso á los portugueses, y juzgaron asimismo escasas y de poca cuantía las gracias, empleos, rentas y mercedes que en gran número se les otorgaron para atraerlos y conquistar su voluntad. Achaque es este de los pueblos sometidos por la fuerza, y no es de extrañar que los portugueses juzgaran amaños y artificios para consolidar la obra comenzada por los arcabuces, las mercedes que se les otorgaban.

Buena prueba dieron del descontento del país los procuradores de las Cortes de Tomar, mostrándose en extremo exigentes y pidiendo al Monarca que los estados de Portugal se consideraran siempre separados de Castilla; que hiciese retirar las guarniciones de las ciudades; que se casase con portuguesa é hiciese educar en el país al Príncipe, con otras varias peticiones á este tenor; los nobles, por su parte, molestábanle tambien con demandas no menos exageradas, y aunque unos y otros hubieron de contentarse con esperanzas en no pocas, otras muchas lograron, y en número excesivo, para lo que Felipe tenia por costumbre.

No menos desusada en él fue la magnanimidad que empleó con los profesores de la universidad de Coimbra, sosteniéndoles en sus cargos y otorgándoles su proteccion, á pesar de lo mucho que contra su causa habian escrito y trabajado. Parecia que, comprendiendo el Monarca español cuánto importaba al esplendor y prosperidad de ambos reinos el permanecer unidos, queria hacer estable y duradera aquella obra de suyo deleznable, como todas las que reconocen por causa y fundamento la fuerza de las armas.

No consiguió su objeto sin embargo, sino á medias, pues tal era el espíritu del país, que mas enemigos se creó con sus negativas, que amigos obligó con sus dádivas, aun siendo estas mayores que aquellas, pues, como dice el historiador Lafuente, «tantas eran las exigencias y tanto lo que distribuyó, que descontentó á los castellanos sin acabar de satisfacer á los portugueses.»

Esperó Felipe en Tomar el término de las Cortes, y acabadas estas marchó á Santarem y de allí á Almada, donde debia esperar á que en Lisboa estuviese todo dispuesto para su entrada; mas hubo de faltarle la paciencia ó los de la capital anduvieron cachazudos en extremo, pues el 27 de julio de 1581 entró en ella pasando bajo un arco de triunfo aun no concluido. Antes de este hecho mostró saber apreciar en su justo valor los servicios de Cristóbal de Mora, diciéndole, cuando Ambrosio de Aguiar le presentó las llaves de la ciudad: *Tomadlas, que á vos se deben ellas*. Siguiéronse los naturales festejos y regocijos, y lo que es bastante extraño, el mismo Pontífice, que antes se mostrara tan hostil á Felipe, envióle su parabien y aun nombró un comisario apostólico que entendiera en las causas contra los clérigos y frailes que habian tomado las armas por D. Antonio, únicos con quienes el Monarca se mostró inexorable, sentenciando á algunos de ellos á muerte, que se ejecutaba sin aparato ninguno y sigilosamente, arrojando despues al rio los cadáveres por la noche.

Fuera de estos hechos manifestóse Felipe benigno y condescendiente, y siguieron los portugueses manifestando exageradas peticiones, de lo cual es buena prueba el memorial de la duquesa de Braganza, en el que tales cosas se demandaban, que enviado en

consulta al Consejo de Estado y siendo paisanos de aquella los consejeros, el dictámen de estos fue desfavorable.

Dice un historiador de aquella época, que en el espacio de dos años habia tenido Portugal cinco reyes, que fueron otros tantos azotes para el pueblo, pues D. Sebastian con su tenacidad, con su irresolucion D. Enrique, los gobernadores con su timidez y su apego á los intereses particulares, D. Antonio con su tirania, y D. Felipe con las armas, no hicieron mas que atraer calamidades sobre aquella nacion (1).

Parécenos que no está en lo justo el historiador á quien nos referimos, pues en lo que toca á Felipe, y especialmente en la época á que se refiere, si no consiguió captarse las simpatías de los portugueses y adquirir su cariño, no fue porque no hizo cuanto estuvo de su parte prodigando rentas, beneficios, etc., y accediendo á cuantas pretensiones le hacian; fue porque hubo peticiones tan exageradas, cálculos tan absurdos y ambiciones tan descaradas y altaneras, que se hizo imposible el acceder á ellas.

Además las antipatías y los rencores y envidias de los dos pueblos no era fácil que pudieran desaparecer en un momento y nada de particular tiene que los portugueses se quejasen como aquel historiador supone, así como tambien es verosímil que los españoles murmurasen porque les pareciera que todavía se les habia concedido demásiado.

Proclamado rey de Portugal Felipe II, sometiéronsele y le reconocieron como soberano casi todas las colonias lusitanicas de Asia, Africa y América, no imitando este ejemplo las islas Azores, con especialidad la Tercera, que estaba resuelta á no admitir ni reconocer otro monarca que el de Crato, siendo solamente la de San Miguel la que abandonó la causa de D. Antonio. Este, en su vista, y con los auxilios que de Francia é Inglaterra obtenia, merced á la proteccion de las reinas de ambos países, dispuso en Nantes una escuadra de sesenta velas, y con ella hizo rumbo á aquellas islas, cuando, despues del desastre de Pedro Valdes en la Tercera y de la expedicion sin resultado de Lope de Figueroa, se preparaba en Cádiz el marqués de Santa Cruz á marchar contra aquel último baluarte de la rebelion.

Merced á estas noticias, que recibian los rebeldes, manteníase vivo entre ellos el espíritu de insurreccion, y efectivamente, armadas y perfectamente pertrechadas las naves del revoltoso y audaz exprior, dióse á la vela desde Nantes, llevando en su escuadra á personajes como el conde de Brisac, Felipe Strozzi, y otros de sus mas decididos y fieles partidarios.

A su vez Felipe II que habia enviado órden á Vizcaya para que los buques que en aquellas aguas tenia el almirante Recalde se fuesen á reunir con los del marqués de Santa Cruz, que desde Lisboa habia de marchar á las Azores, no se descuidaba en atender con interés á aquella expedicion, en la que habia de ir además de los dos almirantes, el maestre de Campo D. Lope de Figueroa, con los capitanes D. Pedro de Toledo, D. Francisco de Bobadilla y don Cristóbal de Eraso, y en su consecuencia escitaba sin cesar al de Santa Cruz para que se diese á la vela cuanto antes, lo que consiguió por fin.

La llegada de este á las Azores, en julio de 1582 no pudo ser mas oportuna. D. Antonio habia puesto en un grave aprieto á los defensores de la leal isla de San Miguel, y hubiérase apoderado de ella si la vista de la escuadra española no le hubiese puesto á su vez en el caso de defenderse. Escasas en número eran las naves del Marqués comparadas con las francesas, mas dióse tan buena maña, que, tras un reñido combate, obligó á estas á declararse en fuga, con pérdida de tres mil hombres, entre ellos el conde de Vimioso y Strozzi, y dejando prisioneros unos ochenta nobles, para los cuales, el capitan Francisco de Bobadilla, mandó levantar un cadalso haciendo degollar á unos y ahorcar á otros (2).

A consecuencia de este hecho de armas, que causó gran irritacion en Francia, tuvo que refugiarse D. Antonio en la isla Tercera, donde fue recibido con todos los honores reales, tratándosele como monarca; pero temiendo sin duda que le acometiera el Marqués, y falto de recursos, á pesar de las grandes exacciones que llevaba á cabo con los naturales, determinó volver á aquel país, y así lo llevó á efecto, no sin saquear de paso la isla de Madera y las Canarias para satisfacer á sus soldados (3).

Felipe II entre tanto, con noticia del feliz suceso del marqués de Santa Cruz, formó el proyecto de someter á los rebeldes cuanto bravos habitantes de la isla Tercera, á cuyo efecto mandó construir en Nápoles un buen número de galeazas, á las que dotó con la competente artillería.

(1) Conestaggio.—*Historia de la Union de Portugal y Castilla*, lib. VIII.

(2) Este hecho de armas se halla minuciosamente detallado en la *Historia de la Union de Portugal y Castilla*, de Conestaggio, suponiendo muy acertadamente Lafuente que de aqui debió tomarla Cabrera para el relato que hace de esta jornada en su *Historia de Felipe II*.

(3) Para mayores detalles sobre todos estos sucesos puede verse tambien la *Historia de Portugal y conquista de las islas de los Azores en los años 1582 y 1573* de Antonio de Herrera, y la *Entrada que en el reino de Portugal hizo D. Felipe II*, por Isidro Velazquez.

(1) Auto do elevamento é juramento del rey Felipe II de Portugal, feito em Tomar, año 1581.—Biblioteca nacional, códice titulado: *Papeles tocantes á Felipe II*, t. I., pár. 52.—Actas de las Cortes de Tomar: *Ibid.* Códice titulado: *Juras de Felipe II*, pár. 73.—Relacion de la jura de Felipe II. Archivo de Simancas, Estado, legajo 426.—Cortes de Tomar, *Ibid.*, leg. 427.



ALEJANDRO FARNESIO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXVI.

Muerte del príncipe D. Diego y proclamacion del príncipe D. Felipe.—Regreso del Rey á España.—Muerte del duque de Alba y de Sancho Dávila.—Estado de Flandes al regresar D. Felipe de Portugal.

Á pesar de los deseos que tenia Felipe de regresar á España, donde asuntos muy graves reclamaban su atencion, la muerte del príncipe D. Diego ocurrida en Madrid el 21 de noviembre de 1582, obligóle á prolongar su estancia en Portugal hasta dejar reconocido y jurado al infante D. Felipe, para cuyo efecto hubo de reunir Cortes, verificándose aquel acto el 30 de enero de 1583.

Terminado esto, confió el gobierno del nuevo reino á su sobrino, hijo de su hermana D.^a María, emperatriz de Alemania, el cardenal y archiduque Alberto, dándole por consejeros á D. Pedro de Alcazaba, D. Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, y D. Miguel de Moura, escribano *da Puridade*, que era un cargo de extraordinaria importancia en Portugal.

D. Felipe queria entrañablemente al cardenal, cuyas virtudes eran ejemplares, y haciéndole jurar que gobernaria en justicia y que cuando volviese le devolveria el reino, quedó confiada á su cargo la regencia.

Dos pérdidas de gran consideracion experimentó el rey de España durante esta última época, cuales fueron las muertes del duque de Alba y del famoso Sancho Dávila, restos ambos de aquella cohorte de famosos guerreros que habian sido el asombro de Europa.

Antes de salir el rey de Portugal, para halagar mas á los portugueses, hizo que el obispo de Ceuta trajese á Portugal los restos del desgraciado D. Sebastian, haciendo que juntos con los del rey D. Enrique fueran conducidos á Belen, panteon de los monarcas lusitanos.

Al llegar á este punto, no puedo menos de hacerme cargo de algunas inexactitudes cometidas por un historiador extranjero, que aparte de otra porcion de errores en que incurre al tratar de esta parte del reinado de Felipe II, dice que en los diez y ocho años que siguieron á la reaccion de ambos reinos, no confirió Felipe títulos honoríficos mas que á tres fidalgos que cita, y que todos los demás honores y dignidades fueron para los españoles (1).

Nuestro erudito historiador Lafuente, haciéndose cargo de esto, le contesta con la siguiente lista de títulos, concedidos por el monarca español á súbditos portugueses:

—«A D. Manuel de Meneses, el de duque de Villareal, de que era marqués. A los primogénitos de la casa de Aveiro, el de duques de Torresnovas. A D. Antonio de Castro, el de conde de Monsanto. A D. Francisco Mascareñas, el de conde de Villadorta ó Santa Cruz. A Ruy Gonzales de Cámara, el de conde de Villafranca. A D. Fernando de Novoña, el de conde de Liñares. A D. Fernando de Castro, el de conde de Basto. A D. Pedro de Alcazoba, el de conde de Idaña. A D. Duarte de Meneses, el de conde de Tarruca. Y á D. Cristóbal de Moura, el de conde de Castel-Rodrigo.»

«Es verdad que Felipe, prosigue Lafuente, no cumplió á los portugueses todo lo que les habia prometido, pero tambien lo es que los nobles le pidieron cosas que no le era posible conceder, que cada uno á tuerto ó á derecho le pedia mercedes, y por último nombró para el despacho de tales memoriales, al Obispo de Leiria y á D. Cristóbal de Mora, y al cabo sacaron hábitos, rentas y oficios, con una abundancia, que produjo no pocas quejas de parte de los castellanos: de todo lo cual podria Mr. Weis informarse largamente por la *Historia de la Union de Portugal*, de Conestaggio.»

El día 11 de febrero salió D. Felipe de Lisboa, llegando á su predilecta residencia del Escorial el 24 de marzo, partiendo á los tres dias para Madrid, siendo recibido con el mayor entusiasmo.

Falta hacia ya que el Monarca español, de regreso á sus antiguos dominios, se ocupase del estado de sus asuntos de Flandes, que no iban tan bien como hubiera sido de desear.

El duque de Parma, Alejandro Farnesio, era el único que dignamente pudo reemplazar á D. Juan de Austria, y bien demostró desde los primeros momentos, tanto la buena escuela en que se habia educado, cuanto la prudencia y discrecion que poseia.

Y téngase en cuenta que las circunstancias en que hubo de encargarse del mando del ejército eran sobradamente críticas, puesto que de las diez y siete provincias que componian aquellos estados, únicamente tres, y aun no del todo, prestaban obediencia al rey de España, viéndose favorecidos los rebeldes por distintos príncipes extranjeros.

La falta de recursos en el campo rebelde promovia violencias y desmanes por parte de sus auxiliares los alemanes y franceses, y cuando vieron que de la reina de Inglaterra no podian alcanzar los recursos pecuniarios que les hacian falta, tanto el príncipe Juan Casimiro, hijo del Elector Palatino, como el duque de Alençon, determinaron retirarse cada uno á Alemania y Francia, desmembrando de un modo muy notable las fuerzas de aquellos.

Semejante ocasion era muy á propósito para emprender las operaciones en mayor escala que hasta entonces, y el de Parma que, obrando prudentemente se estuvo manteniendo á la defensiva, aprovechóse de aquella desmembracion de fuerzas, y se dispuso para atacar la importante plaza de Maestricht.

Quince mil infantes y cuatro mil caballos con capitanes tan valerosos y entendidos como Cristóbal de Mondragon y el señor de

(1) Weis, *España en el reinado de Felipe II*.

Ilierges marcharon al principiar el mes de marzo de 1579, á ponerse ante la formidable plaza que, aun cuando escasa de gente para su defensa, encerraba en su recinto dos generales tan esforzados como el flamenco Sdhwatzemburg de Herlen y el francés Tappin.

Aprestáronse á la defensa los paisanos uniéndose á la tropa, y dieron desde los primeros momentos pruebas de gran bizarría, haciendo que el sitio de Maestricht fuese sangriento y largo como muy pocos.

Unos y otros, sitiados y sitiadores, peleaban con igual obstinacion, y los asaltos, si eran dados con arrojo, eran rechazados con bravura, llegando los combates á ser cuerpo á cuerpo.

Para que nada faltara en esta terrible funcion de guerra, se incendió la pólvora en el campamento español, obligando esto al duque de Parma á retirarse para reforzar su ejército, aunque sin desistir de su empresa.

El famoso hugonote francés, Lanoue, uno de los jefes principales de los rebeldes, trató de socorrer la plaza á pesar de las escasas fuerzas de que podian disponer los orangistas, pero fue inútil su anhelo; el de Parma, reforzado su ejército y modificado su plan de ataque, cayó de nuevo sobre la plaza, cuyos muros aporillados y cuyos defensores, inutilizados en gran parte, de poco podrian servirle ya, y á pesar de que procuró defenderse todavía, consiguió tras sérios ataques entrar en ella el 29 de junio de 1579.

Irritada la soldadesca, cometió toda clase de desmanes, en términos que, segun dice un historiador, de diez y ocho mil habitantes que tenia la ciudad, no dejaron con vida sino trescientos.

A la par que el duque de Parma atacaba á Maestricht, proseguia en los tratos y negociaciones que especialmente con las provincias walonas habia entablado, aprovechándose de las disidencias que entre ellas y los ganteses existian (1).

Varias veces habian llegado al terreno de la fuerza, entre sí, con motivo de la cuestion religiosa, pues los walones eran católicos y protestantes los otros, y el de Parma, eficazmente auxiliado por gran parte de la nobleza de estas provincias, que temian la ambicion del de Orange, consiguió llevar á feliz término en marzo de 1579 un convenio en Arras, de donde tomó el nombre, por el cual se ampliaba la paz de Gante, fijándose que en el término de seis semanas habian de salir de los Países Bajos todos los soldados extranjeros, sin poder regresar sin el consentimiento de las Provincias; que se levantaria un ejército sostenido y formado por estas; que todos los dignatarios y altos empleados públicos jurarian profesar y defender la religion católica, volviendo todo al ser y estado en que se hallaba en tiempo del Emperador, etc.

A su vez el de Orange hizo una confederacion con las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabante y Flandes, las cuales se prometian mútua ayuda y no separarse nunca, al objeto de poder hacer frente al convenio de Arras.

Otros tratos habíanse tenido además para obtener la pacificacion de Flandes por mediacion del emperador Rodulfo de Alemania, celebrándose varias conferencias en Alemania, pero sin resultado alguno, puesto que ni Felipe II ni el de Orange querian ceder un ápice.

De deplorar era que cuando en tan buen camino habíase puesto lo de Flandes, merced al tacto y prudencia del príncipe de Parma, la falta de dinero hubiera de ponerle en graves aprietos, promoviendo sublevaciones y desmanes. Felipe II necesitaba á la sazón todo el dinero para la campaña de Portugal, y en vano eran las reclamaciones que el de Parma le hacia.

Por fin pudieron marchar á Milan los soldados españoles, despidiendo á todos los demás, y entre tanto comenzó á organizarse el ejército de los naturales de las provincias sometidas.

Por este tiempo y por consejo del cardenal Granvela y de Juan Idiaquez, presidente del Consejo de Flandes, decidió dividir el gobierno de aquellos estados entre su hermana Margarita duquesa de Parma y madre de Alejandro, y este, confiando á aquella la parte puramente civil, así como la militar al Príncipe.

Semejante division de poderes en momentos tales, á pesar de ser su madre la que habia de obtener el que á él se le arrebatara, no pudo menos de disgustar á Alejandro, quien escribió al cardenal Granvela para que rogase al Rey le relevara del cargo que estaba desempeñando.

Insistió Felipe en su primera determinacion; la Duquesa á su vez le manifestó los inconvenientes que podian seguirse de aquella persistencia, y fue necesario que las mismas provincias walonas, alarmadas ante las noticias de que iba á marcharse el Príncipe, comenzaran á moverse diciendo que se separarian de las banderas del Rey, obrando cada una por sí, para que el Monarca, ocupado entonces mas con lo de Portugal que con nada, se decidiera á dejar á su sobrino como estaba.

La Duquesa pudo obtener á fuerza de súplicas que se la permitiese regresar á Italia, y Felipe escribió á Alejandro una carta encargándole muy eficazmente que mirase por su existencia, no arriesgándola tanto como hasta entonces.

(1) Llamábanse provincias walonas el Artois, Henao, Namur, una parte de Flandes, el Brabante, el país de Lieja, el Limburgo y el Luxemburgo.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 29.

EL DUQUE DE ALENZON.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26

CAPITULO CXXVII.

Atentados contra la vida de Alejandro Farnesio y del príncipe de Orange. — En la Junta de Amberes es nombrado el duque de Alençon señor de los Estados de Flandes. — Pide el de Alençon la mano y los auxilios de la reina de Inglaterra. — Toma de Tournay.

Poco á la verdad, tenia de satisfactoria la residencia en Flandes en aquellas circunstancias.

Apelaban á toda clase de medios para conseguir el fin apetecido y de la misma manera que en tiempos anteriores se atentara contra la vida de D. Juan de Austria, atentaban ahora contra la de Alejandro Farnesio, formándose una vasta conspiracion en este sentido.

Felizmente descubierta la trama, y en poder de Alejandro el señor de Hez, que era el jefe, una vez que se le hubo probado su delito, pagó con la vida la infamia que trataba de cometer.

Y no eran solo los orangistas los culpables de tan reprobados hechos, si no tambien los españoles, que todo cabe en las guerras de religion, donde el fanatismo enciende violentamente las pasiones, impulsándolas á cometer faltas vituperables siempre, pero mucho mas cuando estas se cometen amparados por una bandera religiosa.

El príncipe de Orange estaba afrontando los mismos riesgos que Alejandro Farnesio, y ora se trataba de asesinarle por medio del puñal, ora se trataba de confiar al veneno aquella terrible mision.

No diremos que precisamente Farnesio fuese culpable de tal crimen, ni que el rey de España lo autorizara, pero lo cierto es que el embajador español en Lóndres tenia conocimiento de él, estaba en relaciones con los que trataban de ejecutarle, y parece que no se oponia á su realizacion.

«Del proyecto de envenenar al de Orange, dice un historiador, nos informa una carta que tenemos á la vista del embajador español en Lóndres, D. Bernardino de Mendoza, al secretario Gabriel de Zayas. Da cuenta en ella de cómo se le habia presentado un saboyano, que era el que lo habia de ejecutar, con carta de un mercader español de Calais, llamado Baltasar de Búrgos, dice haberle respondido que un rey tan poderoso y tan cristiano como el de España, no necesitaba de tales artes para acabar con los herejes sus enemigos; mas no parece haber desechado el Mendoza el pensamiento cuando añade: Y concluyó con él, partí un real español y de columnas en tres partes, dándole las dos, que serian contraseña de que yo no le podía negar el haberme significado lo que queria hacer; con que se fué, pidiéndome, que por lo que podía suceder, escribiese al príncipe de Parma, que si un hombre que tenia dos piezas de un real partido, le enviase á pedir por aquellas señas un hombre fiado, y se viniese á favorecer de él, le entretuviese hasta que yo pudiese conocer por las señas que daria, si era el mismo que me habia hablado.»

Mientras proyectos tales eran descubiertos, impidiendo de momento al menos la realizacion de lo que se proponian sus criminales ejecutores, un acontecimiento verdaderamente importante verificábase en Flandes, acontecimiento que habia de prestar una nueva faz á aquella guerra.

El príncipe de Orange, á quien no faltaba sagacidad y astucia, comprendió perfectamente la posibilidad de que D. Felipe, dueño ya de Portugal, cargase con todas sus fuerzas sobre los Países-Bajos, oprimiéndoles de una vez.

Ante esta eventualidad, tomó una resolucion tan atrevida como inesperada.

Convocó á los Estados, y les expuso con franqueza la alternativa en que se hallaba, de, ó rendirse al rey de España, ó romper su yugo por completo, llamando á otro soberano extranjero para que le gobernase.

La parte católica mostróse escandalizada de semejante proposicion, mas como la mayoría de las provincias rebeldes eran protestantes y estas concluyeron por aceptar la idea del Príncipe, todas fueron adhiriéndose, eligiéndose finalmente para aquel puesto á Francisco de Valois, duque de Alençon y de Anjou, hermano del rey de Francia.

En la Junta general de los Estados, se hizo la declaracion de quedar privado Felipe de la soberanía, por no haber guardado los privilegios firmados, y que en virtud de la libertad en que quedaban aquellas provincias por esta falta, elegian á Francisco de Valois para que les gobernase.

Noticioso Felipe de esto, hizo pregonar un edicto, declarando traidor al príncipe de Orange y ofreciendo un premio de 25,000 escudos al que, muerto ó vivo se le presentara, accion que no podemos aprobar, pues no comprendemos en un rey poner á precio las cabezas, siquiera estas pertenezcan á rebeldes de las condiciones que poseia el príncipe de Orange.

En la misma junta en que se negaba la soberanía al rey de España, el archiduque Matías renunció á aquella especie de nominal poder que ejerciera durante algunos años, retirándose poco tiempo despues á Alemania.

Mientras tenian lugar estos sucesos, mientras por disposicion de la Junta se derribaban los retratos de Felipe II, se abatian las armas y banderas españolas, se hacian pedazos los sellos y se prohibia la acuñacion de moneda con sus bustos, jurándose en todas partes al nuevo soberano, el príncipe de Parma se apoderaba de Courtray y de otras poblaciones, y los rebeldes á su vez de la importante plaza de Malinas.

El general hugonote Lanoue hizo prisioneros á los hermanos conde de Egmont y de Sellés, pero al muy poco tiempo cayó él prisionero á su vez, y mientras en Frisia se sostenian muy rudos combates, Breda se entregaba á Alejandro, y este bloqueaba á Cambray.

Hallábase el duque de Alençon en Plesis-Les-Tours cuando llegó la embajada que iba á ofrecerle la corona, siendo aceptadas por él las condiciones que se le imponian, reuniendo inmediatamente un ejército con que pasar á sus nuevos estados.

Alistáronse muchos nobles franceses, reuniendo en un breve espacio doce mil infantes y cuatro mil caballos, con los cuales pasó á socorrer á Cambray, de donde tuvo que retirarse el príncipe de Parma.

Apoderóse tambien, sin gran resistencia, de Cateau-Cambresis, sin que pasara mas adelante, á pesar de las excitaciones, que tanto el de Orange como los Estados le hacian, para que se internase, diciendo que no tenia otro remedio que regresar á Francia, puesto que su ejército habíase comprometido únicamente á libertar á Cambray, pero que dentro de poco regresaria con mayores fuerzas, habiendo interesado en su favor á su hermano el rey de Francia y á la reina de Inglaterra.

Fácilmente se comprende que la eleccion del duque de Alençon tenia que complicar las relaciones entre los soberanos europeos, puesto que Felipe II no podia ver con gusto aquella ingerencia mas ó menos directa de la Francia en sus provincias de Flandes, y á su vez el rey de Francia veia sin disgusto aquel nuevo medio de producir complicaciones á Felipe.

El monarca español aparentaba contentarse con aquella protesta, pero en nada creia; lo de Portugal llamaba su atencion en primer término, y como vulgarmente se dice, iba guardándolo todo para el dia en que pudiese mostrar abiertamente su disgusto.

Confiado se hallaba el de Alençon en el apoyo de la reina de Inglaterra, cuya mano solicitaba; pero Isabel que, como decia nuestro embajador en aquella corte, *cada año era desposada sin ser casada nunca*, dejó que se extendieran las capitulaciones matrimoniales, recibió al de Alençon con extraordinario afecto, llegóse hasta el cambio del anillo nupcial, y tras esto, despues de tres meses de permanecer en Lóndres vióse partir de allí al prometido esposo, al frente de una armada inglesa, haciendo rumbo á Flandes sin haber verificado su matrimonio, y sin que en lo sucesivo se volviese á hablar mas de él.

Entre tanto, el duque de Parma, realizaba una de las mas importantes empresas de aquella guerra, cual fue la toma de la fortísima plaza de Tournay, situada sobre el Escalda.

No es Tournay comida para walones, decia el príncipe de Orange, al tener noticia de que el de Parma se habia presentado frente á la ciudad, que era el asilo de todos los protestantes y de los que sin serlo eran enemigos de los españoles.

Nueva D.^a María Pacheco, la princesa de Espinoy, Philipa Cristina de la Lain, defendió la plaza en ausencia de su esposo, con una energía, una serenidad y una inteligencia superiores á todo encomiamento, y mas de una vez empuñando con heróico denuedo la grosera espada, combatió bravamente y en los puntos de mas peligro, de lo cual fue buena prueba la herida que recibió en un brazo, y que haciéndola perder sangre no consiguió que perdiera ni se debilitara un solo instante su decision.

Manifiesta un historiador que solo el duque de Parma podia rivalizar en bravura con la Princesa, pues como ella se mostraba en los puntos de mayor peligro, como ella dirigia con inteligencia las operaciones, y como ella tambien fue herido hallándose dentro de una casita con algunos de sus capitanes, por una bala de cañon, que derribando aquella, le sepultó con sus compañeros entre escombros.

Estoy vivo con el favor de Dios, y viviré, pese á los enemigos, tales fueron las palabras que pronunció, cuando, bañado en sangre, con la cabeza y el hombro lastimados, salió de entre los escombros donde los españoles creian hallar solo su cadáver. Y no fueron estas frases vanas amenazas.

Desgracióse un asalto intentado por los sitiadores, merced al heroismo de los de adentro, y hubo grandes pérdidas de una y otra parte; animaba á los sitiados la esperanza de que, bien el príncipe de Orange, bien el de Alençon, á la sazón en Inglaterra, vendrian en su socorro, pero ni una ni otra cosa se verificaba, y engrosábase entre tanto el ejército sitiador con alemanes, españoles y borgoñones, desecha ya con el nombramiento de Alençon la prevencion que contra ellos tenian los flamencos leales, y puestas en este estado las cosas, era ya imposible la resistencia.

Una capitulacion, hecha no muy á gusto de la Princesa, y en la cual se estipulaban entre otras, las condiciones de que los sitiados saldrian con armas, bagajes y banderas desplegadas, y podrian gozar de sus bienes fuera del país, si no querian vivir en el Catolicismo, abrió, al vencedor de Maestricht las puertas de Tournay, donde entró aclamado por sus tropas, mientras la princesa de Espinoy salia siendo saludada respetuosamente por los mismos soldados que acababan de combatirla.



J. SERRA. LIT

Lit. VIDAL, Olmo. 89

TENTATIVA DE ASESINATO CONTRA EL PRÍNCIPE DE ORANGE.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXVIII.

Nuevo atentado contra la vida del príncipe de Orange.—Riesgo que corrió el duque de Alenzon.—Proceder de este.—Consecuencias que tuvo la ligereza con que procedió.—Evacuan los franceses los Países Bajos.

PRECISAMENTE cuando la pérdida de Tournay había producido tan deplorable efecto entre los flamencos, la llegada del duque de Alenzon, con la numerosa escuadra que traía de Inglaterra, llegó á infundirles mayor ánimo que el que les quitara la pérdida de la importante población.

Así fue que el recibimiento que en Amberes se le hizo llamó la atención por la esplendidez y fastuosidad desplegada en semejante acto.

Varios días duraron las fiestas, cuando un incidente harto desagradable á la verdad, vino á llenar de luto el corazón de los flamencos, y á poner en grave riesgo la existencia del de Alenzon.

Celebraba el príncipe de Orange un banquete el día 18 de marzo de 1582, aniversario del nacimiento del de Alenzon, cuando se le aproximó un individuo desconocido y le entregó un memorial que el Príncipe se puso á leer.

Precisamente este fue el momento elegido por el asesino, pues tal lo era el desconocido, y sacando una pistola disparó sobre el Príncipe, atravesándole la bala ambas mejillas, arrancándole algunos dientes.

El desmayo sobrevenido al de Orange y la pérdida de sangre que su doble herida le producía, hicieron creer, lo mismo á los que le rodeaban que á toda la población, por donde se difundió con extraordinaria rapidez la noticia, que el Príncipe había muerto, y como precisamente en Amberes era donde más cariño se le profesaba, llorábase cada uno como si hubiese perdido á su padre, según la expresión de un historiador moderno.

Esparciose despues la voz de que aquel asesinato era obra de los franceses, para que el de Alenzon disfrutara más libremente de su autoridad, y la indignación popular, adquiriendo mayor violencia cuanto más insistencia tomaba el rumor, estalló con furia, corriendo grave riesgo la existencia del Duque, que pudo salvarse merced á que, recobrado el de Orange, pudo escribir una declaración eximiendo á los franceses de toda culpa.

Efectivamente, el autor de tan criminal atentado era un español, natural de Vizcaya, llamado Juan de Jáuregui, quien, según parece, fue impulsado por un compatriota que se llamaba Gaspar de Anastro, el cual, arruinado en sus operaciones mercantiles, trataba de indemnizarse con la cantidad ofrecida por el Monarca español con aquel objeto.

Jáuregui era más bien un fanático que un criminal, puesto que, durante su proceso, probóse que había recibido los Sacramentos de mano del dominico Tinorman antes de cometer el crimen, manifestando que ya sabía que iba á la muerte, y efectivamente, ni él, ni Gaspar de Anastro, ni el confesor Tinorman sus cómplices pudieron evitarla.

Cogidos todos fueron condenados á muerte y descuartizados, colocándose sus miembros en las torres y puertas de la ciudad.

El príncipe de Orange consiguió curarse de aquella herida, merced al cuidado de los facultativos, más comprendiendo por aquel atentado que su existencia comenzaba á estar seriamente amenazada.

Reducida la guerra durante todo este espacio á la mútua toma de varias plazas, únicamente cuando los antiguos tercios españoles, en unión de los borgoñones é italianos, regresaron á Flandes en agosto de 1582, fue cuando pudo el de Parma emprender decididamente la ofensiva, batiendo al ejército de las provincias confederadas, obligándole á replegarse al abrigo de los muros de Gante, mientras en Frisia se alcanzaban otros triunfos por el valeroso Verdugo.

En noviembre de aquel mismo año recibieron los flamencos un refuerzo de ocho mil hombres entre franceses y suizos, refuerzo que le llegó muy á tiempo al de Alenzon, puesto que ya los flamencos comenzaban á murmurar.

Había sido tan pródigo en prometer el de Alenzon y tan parco en cumplir, que consiguió escitar la general impaciencia, y aun la duda respecto á sus ofertas, así fue que no tuvo otro remedio que instar vivamente á su hermano para que le enviase aquellos ocho mil auxiliares entre franceses y suizos en noviembre de 1582, los cuales iban mandados por el duque Montpensier, que era el suegro del príncipe de Orange, y por el mariscal Byron.

Estas tropas, con las cuales creía el de Alenzon poner coto á los triunfos del de Parma, pasaron á alojarse en Dunquerque, Ostende, Brujas, Termonde y otras poblaciones importantes, sin que su presencia fuese bastante para atajar los progresos de Alejandro Farnesio, como había supuesto con más presunción que cordura el soberano francés.

Verdaderamente que la conducta de Enrique de Francia era bien digna de censura y debía irritar á Felipe, que si por el momento no pudo castigarle cual merecía, no por eso dejó de recordar el agravio, pues mientras aparentaba estar en buenas relaciones con él, protegía y auxiliaba al ex-prior de Crato, como vimos en otro lugar, dejándole formar expediciones y levantar tropas para sostener sus pretensiones al trono portugués, y enviaba soldados á su hermano para auxiliar á los flamencos en su pertinaz rebeldía contra Felipe.

Acciones eran estas que no podía olvidar el rey de España y que hacia presagiar para no muy lejanos días nuevas complicaciones entre las dos cortes de París y de Madrid.

El socorro que con los soldados franceses recibieron los flamencos, no les pareció á estos completamente en armonía con las ofertas que el de Alenzon les hiciera, y mirando con poco afecto á su nuevo soberano, teníanle reducido entre los estados y el príncipe de Orange á la misma condición en que se hallara el archiduque Matías.

Esto engendró disgustos de gran consideración, disgustos á los cuales daba mayor pábulo la debilidad del de Alenzon, que se dejaba seducir por los imprudentes consejos de sus oficiales, que se hallaban enojados de aquella especie de tutela en que el Duque se hallaba.

Instáronle, para que por medio de la fuerza se apoderara del poder, y sin tener en cuenta el mal aconsejado Príncipe las consecuencias que de aquel paso podían alcanzarle, asintió á ello, quedando determinado que en un día fijo, que fue el 17 de enero de 1583, se apoderasen los franceses de las poblaciones en que estaban alojados, arrojando de ellas á los flamencos.

«Reservóse para sí la empresa de Amberes,—dice un historiador moderno,—y so color de pasar á la provincia de Güeldres, aprovechando la estación de los hielos, según el de Orange deseaba y proponía, reunió la mayor parte de sus tropas en el campo y aldeas próximas á Amberes, y en combinación con los franceses, que preventivamente había hecho acuartelar en la ciudad, y con pretexto de pasar revista á todo el ejército, cuando ya estuvo todo en órden: «Ea, hijos, les dijo; vuestra es Amberes.» Y encaminóse á la ciudad, hizo degollar los flamencos que guardaban la puerta, deramáronse los suyos por la población gritando: «Misa y duque,» que era su santo y seña, y entrando en las casas lo saquearon todo, ayudados de los que estaban ya dentro. Los vecinos de Amberes, viéndose tratados de aquella manera por los que poco antes habían sido sus huéspedes y estado entre ellos como hermanos y amigos, ardiendo y rebosando en ira toman todos las armas, nobles, plebeyos, eclesiásticos, ancianos, mujeres y niños, y embistiendo á los franceses, hieren, matan, degüellan en las calles y en las casas con frenético furor; los franceses, que hostigados dentro, en vano buscan salida, caen heridos ó muertos, y se forma á la puerta un montón inmenso de cadáveres; otros son arrojados por encima de la muralla al campo. Grande fue el estrago y horrible la mortandad; cerca de dos mil franceses pagaron la abominable traición con sus vidas, y otros tantos quedaron prisioneros, merced á la generosidad con que los trató el de Orange cuando acudió de la ciudadela en que se hallaba.»

Harto cara pagó el de Alenzon la traición cometida, puesto que se vió errante en medio de un país completamente hostil, sin mantenimientos para su gente; no teniendo otro remedio que disculparse con el de Orange, poniéndole como mediador, y diciendo que únicamente los malos tratamientos que recibieran los suyos de parte de los de Amberes, produjeron aquel suceso, con lo cual consiguió solamente irritar mucho más á los flamencos.

Alejandro Farnesio, instruido de lo que ocurría, trató de aprovecharse de aquella discordia, para ver si conseguía que el francés le entregara las plazas que poseía, y entrando en negociaciones con los diputados de las provincias de Flandes y Brabante, procuró que se apartaran de la confederación.

El proceder de Alenzon había de tal manera conseguido irritar á las provincias unidas, que fácilmente habría podido conseguir el de Parma realizar sus propósitos, puesto que ya trataban aquellos de despojar al francés de la soberanía de los estados, á no encontrarse al frente de la revolución una persona de la inteligencia y penetración del príncipe de Orange.

Apenas llegó este á traslucir lo que pasaba, como que tenía una gran autoridad con los estados, por medio de un hábil discurso consiguió calmar la irritación que sentían contra el francés, haciéndoles presente que reprobaba, como no podía menos de hacerlo, la infame traición del duque, y que estaba muy conforme con que en virtud de ella había perdido todo el derecho á aquella soberanía con que se le invistiera, pero que harto castigado quedaba con el descalabro sufrido, y que no era político, á pesar de que con su acción perdiera todo el derecho á la soberanía, privarle de ella, toda vez que, estando en posesión de varias plazas, había de costar mucha sangre el recobrarlas, y no estaban en disposición de debilitarse más.

En virtud de esto los estados aceptaron como buenas las razones del de Orange, y entraron en avenencia con el duque de Alenzon, celebrando un convenio en 8 de marzo de 1583, por el cual volvían las cosas al ser y estado de antes, quedando con este motivo rotas las negociaciones entabladas por el duque de Parma.

En estas circunstancias pudo apreciarse debidamente hasta qué extremo rayaba la aversión y el odio que aquellas provincias habían llegado á adquirir contra la dominación de España, pues á pesar de su resentimiento tan justo contra el de Alenzon, consintieron en seguirle sometidas antes que volver á reconocer á Felipe.

EDITOR, RUBEN DE O. PABLO RIVERA

HISTORIA

PERSECUCIONES SUERIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DEBIDO SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

Contiene en esta obra una historia de las persecuciones que han sufrido las Iglesias catolicas en todas las partes del mundo desde su fundacion hasta la epoca actual. Incluye tambien una lista de los principales perseguidores y perseguidos en las diferentes partes del mundo.

OPERA HISTORICA

D. EDUARDO MARIA VILARRASA Y D. JOSE LUDOVICO GATELL

Barcelona, 1888

Impreso en la imprenta de D. Jose L. Gattel, en Barcelona.

OPERA HISTORICA

BASIS DE LA FUNDACION

Esta obra constituye la base de la fundacion de la Iglesia catolica en todas las partes del mundo. Incluye tambien una lista de los principales perseguidores y perseguidos en las diferentes partes del mundo.

Medio real cada una en toda Espana.

Se vende en todas las librerias de Espana y Ultramar.

Van publicados 27 cuadernos.

EDITOR, HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
Rcbador, 24 y 26.—Barcelona.

HISTORIA

DE LAS

PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

contiene un exámen detenido de las causas de cada una de ellas y de los caracteres especiales que presentaron, de las principales legislaciones que contra el Cristianismo han regido y rigen; la biografía de los tiranos y perseguidores y de los mas ilustres perseguidos y mártires, con interesantes descripciones de los lugares en que se libraron los rccios combates del orgullo humano contra la verdad divina desde el Calvario, en el siglo I hasta el Quirinal, en nuestros dias.

OBRA ESCRITA

POR

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA y D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia, (Barcelona).

é ilustrada con magnificas láminas intercaladas en el texto.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra constará de dos tomos en folio, en papel y tipos elegantes, y adornada con unas 150 magnificas láminas, relacionadas con el asunto de la publicacion. Se divide esta en cuadernos, conteniendo cada uno de ellos 4 entregas de á cuatro páginas, al precio de

Medio real cada una en toda España.

Se reparte por ahora semanalmente un cuaderno de 4 entregas y muy luego de 8.

Van publicados 27 cuadernos.